



AL BORDE  
DE LA

# MIRADA

POR MALENA SALAZAR MACIÁ

## —¿Qué tiene el niño? ¿Se rompió más? No me reí. No era gracioso. **Tenía miedo.**

—Quizás sea sordo —se consoló Paolo con amargura—. Se resolverá con otro microchip bajo su piel.

Me asomé a la cuna. Mi Nino, de un año, dejó de responder a los estímulos auditivos. De vez en cuando sus iris pardos se deslizaban hacia el rabillo del ojo y nos miraba. O eso deseábamos pensar, porque en realidad parecía ignorarnos, y buscar algo más allá de nuestras figuras. Como si en realidad nosotros nos escondiéramos detrás de un velo que solo Nino era capaz de percibir. Paolo siempre encontraba una justificación para nuestro hijo. Lo ayudaba a sentirse mejor. Culpaba a la saturación del aire, la imposibilidad de pagar un seguro médico más allá de los microchips baratos injertados en nuestros cuerpos.

A los dos años, Nino olvidó hablar. El ruido le provocaba una explosión de llanto, de chillidos estridentes. Seis meses después, dejó de reaccionar al contacto físico. Parecía quemarse: escapaba de nuestras manos entre contorsiones. Me rompió el corazón no poder abrazarlo. No estaba cómodo con el calor de mi cuerpo. No soportaba a Paolo. Y Paolo no lo soportaba a él.

—Está roto —repetía Paolo con los labios torcidos de desprecio—. Es un niño roto, pedazos de nada...

Me coloqué frente a la cuna con los brazos abiertos. Fue la primera vez que le grité abiertamente en mi idioma natal. No me importó que Paolo me observara con expresión de espanto, que cerrara las manos, empuñando el palo invisible que corregiría mi comportamiento ingrato. Porque según él, yo era una salvaje analfabeta que él rescató de la selva. También, fue la primera vez que escupí sangre. Paolo se alejó de mí, del niño, hizo un gesto como si pretendiera espantar demonios.

—Son los microchips —dijo con desprecio—. No solo rompió al niño, también te infectaron a ti... Y te dije que debías olvidar ese idioma estúpido en el que murmuras cuando crees que no me doy cuenta. Vayan al médico mañana, ¡jarránquense esos pedazos de metal!

Al romper el alba envolví a Nino en sus mantas y lo llevé al hospital. La calle estaba turbia. Era uno de esos días en que el campo oxigenante era incapaz de limpiar el aire. Decían que los mejores lugares para vivir, era cerca de las antenas

emisoras y las estructuras receptoras. Pero ya era terreno reservado, tapiz de dinero y desdén a los que intentaban conseguir un poco de aire fresco.

Nino intentaba arrancarse la mascarilla del rostro. De cierta forma, contábamos con ese privilegio, aunque fuese sencillo. Muchos ni siquiera tenían microchips médicos y se ahogaban lentamente debajo de los puentes, donde corría la marea de plástico que antes fueran ríos o desagües.

Los médicos dijeron que el microchip de Nino funcionaba bien. Quedaban por analizar su falta de contacto visual, movimientos perezosos, chillidos y silencios abruptos. A través de sesiones, llegó la conclusión médica: autismo. No aprendería al mismo ritmo que el resto de los niños, quizás no hablaría, o no iba a responder por su nombre, realizaría rutinas extrañas, repetitivas. Sin embargo, existía la posibilidad de que Nino aprendiera a convivir, a crear una forma de hablar de la percepción del mundo a la que se asomaba por el rabillo del ojo. Una forma en que yo pudiera entenderlo y conectar con su vida, tan diferente a la mía.

---

**Mi diagnóstico, por otro lado, preocupaba: tenía tuberculosis. Y el microchip no lo detectó, no envió la alarma.**

---

Pero había que pagar más. Otro plan médico, dijeron los doctores con las manos abiertas, dejando escapar su humanidad. Una escuela especial para Nino. Un maestro paciente que también tendría las manos abiertas para recibir las transferencias bancarias, porque necesitaban oxígeno, agua purificada, todos necesitaban comer, sobrevivir al caos mundial.

Paolo no lo pensó demasiado.

—Tú —dijo, apuntándome con el dedo—. Todavía eres fértil. Nino está roto. Lo enviaremos a un orfanato. Que alguien más se ocupe de sus pedazos, o que termine de romperse. No me importa. Ya no es mi hijo.

Al escuchar la sentencia, abracé a Nino a pesar de que se revolvió entre mis brazos y chilló protestas incomprensibles. Estaba dispuesta a vender mi vida, pero no la de mi hijo. Juntaría todas sus piezas, y las iba a recomponer con mis propias manos.

Robé a Paolo. Extraje dinero de su billetera, de su cuenta virtual. Hui con Nino en medio de la noche. Él no miraba a ningún lugar, solo a los velos que lo escondían todo, siempre al borde de su mirada. Cuando alcancé la bahía, mis zapatos estaban rotos y mis pies sangraban. Apestábamos a orina, a suburbio, a cosas rotas. Éramos dos desarrapados más que intentaban escapar de la crueldad de nuestros semejantes.

Los buques humanitarios fondeados pregonaban salvación, pero también supervivencia. Las listas estaban hechas, los pocos caracteres vacíos que quedaban entre nombre y nombre se sorteaban entre gritos de

desesperación. Rellené todos los formularios y al igual que otras madres, con la fuerza que solo nos brotaba del corazón, alzaba a Nino a través de la multitud.

Más de un traficante se acercó a susurrarme promesas dulces. Eran las palabras de Paolo en boca de otros: yo, era fértil, el niño, innecesario. Las había escuchado demasiadas veces para creerlas. Cuando todavía me agarraba a los pocos árboles de la selva y lloraba cuando el fuego devoraba lo verde para buscar petróleo bajo tierra.

Soborné a un agente aduanal para entrar a la zona de carga de uno de los buques. Cualquiera. No me importaba su destino final. Nos descubrieron durante el primer día de navegación. Yo podía resistir el hambre, pero Nino, no. Chillaba y se retorció, harto de permanecer tantas horas apretado junto a mí. Temí que nos abandonaran en cualquier cayo solitario, nido de traficantes en el Caribe.

Pero era un buque humanitario, no un barco construido con retazos de maderas podridas, engaños y desidia. Llevaban personas necesitadas, no mercancía. Pasé a ocupar con Nino un camarote junto a un hombre delgado de ojos vacíos. Los mismos que poseen aquellos que han visto morir su tierra en nombre del progreso.

En el mar, necesitábamos mascarillas. Estábamos lejos de cualquier campo oxigenante. De vez en cuando, encontrábamos islotes de objetos plásticos, retazos de otras vidas. No vimos la tierra de inmediato. Una bruma cubría el horizonte y temí una tormenta.

Sin embargo, resultó que pasábamos cerca de un receptor de campo oxigenante. Cuando cruzamos, fue liberador.

Todos salimos a cubierta y miramos al cielo. La capa de nubes plomizas se despejaba, poco a poco, hasta que el azul renació. Al caer la noche, no apareció el velo rosado de la contaminación. Pronto dejamos atrás las mascarillas y los microchips médicos se concentraron en su trabajo. Mis esputos de sangre disminuyeron en frecuencia. Nino continuaba observando al mundo a través del rabillo del ojo. Comenzó a inquietarse, por el calor, por mis olores, por los cientos de personas que navegaban junto a nosotros.

Atracamos en el puerto del Mariel, Cuba. Allí me bajé con Nino. No quería alargar el viaje. Cuando fui consciente de mi entorno, por un momento, pensé que había vuelto a mi amada selva: plantas trepadoras desconocidas se agarraban a los edificios, florecidas, aunque no fuese primavera. Las personas llevaban drones pequeños que orbitaban sobre ellos.

Tuve miedo de llegar al lugar equivocado. Algunas cadenas de televisión hablaban de buques humanitarios de cuyos tripulantes no se volvía a saber, convertidos en carne de experimentos ilegales. Sin embargo, supe que estábamos bien cuando nos condujeron a un centro de cuarentena. Los médicos debían examinarnos, listar nuestros padecimientos. Después, nos mostrarían la factura. Era lo que siempre sucedía. Un movimiento de cabeza que imitaba pena, empatía, una mano extendida, para recibir el pago.



Cuando pasé por el diagnóstico y me recetaron el primer tratamiento intensivo con antibióticos, saqué la tarjeta de Paolo. Nuestros idiomas eran parecidos, así que la comunicación fluyó. Les dije que quizás habría congelado la cuenta, pero podía trabajar en el centro para pagarles. Los galenos intercambiaron miradas. No se burlaban. No me compadecían. No estaban perplejos.

—El tratamiento médico es su derecho —dijo una mujer. Su rostro se ensanchó bajo la mascarilla, los ojos brillaron. Sonreía—. Y su hijo, tiene autismo. Nos ocuparemos de que asista a un centro de enseñanza especial. Pero usted, ahora, es nuestra prioridad. Haremos todo lo posible porque usted sobreviva para ver cómo su hijo se recupera, y logramos facilitarle un sistema alternativo de comunicación.

Nos alojaron en el mismo centro de cuarentena. Debido a mi condición, debía permanecer controlada mientras pasaba por los antibióticos. No solo los doctores me visitaron; también lo hizo un hombre que me explicó que era programador. Crearían para mí un dron médico, idéntico a los que poseían todos. El robot registraría de forma ininterrumpida las lecturas que le enviaran los nanobots que iban a inyectarme.

—Son pedazos de metal —me asusté, porque recordaba el microchip insertable y al que Paolo tanto temía—. ¡No quiero metal en mi cuerpo!

Los médicos me explicaron que podían realizar el tratamiento de forma tradicional. Sin embargo, la asistencia del dron evitaría cualquier error de los nanobots. Atacarían directamente el bacilo de Koch, donde quiera que se alojara. Elegirían el antibiótico correcto. El dron estaría conectado de forma permanente a un médico, el cual acudiría en cuanto recibiera notificaciones adversas.

Pero lo que más me dolió, era que debía separarme de Nino. Durante el tratamiento en que debía permanecer aislada por la seguridad de todos, me permitían verlo a través de barreras transparentes. Lo sostenían para que se mantuviera erguido. Él descolgaba la cabeza a un lado. Se negaba a mirar al resto de los humanos. No reaccionaba a ningún movimiento a su alrededor. Yo lo llamaba, daba toquecitos en el cristal, le sonreía. Me miraba por el rabillo del ojo. Se negaba a reconocermme.

Temí que los médicos fueran los causantes de su apatía. Que terminaran de romper nuestra conexión. Más de una vez presenté episodios de histeria. Deseaba romper el cristal que nos separaba. Tocar sus manos, besar sus pies, que escuchara mi voz directamente y no a través de altoparlantes. Los psicólogos se apresuraron en visitar mi cubículo. Me explicaban que mi hijo no presentaba ese comportamiento porque alguien se lo inculcara, ni por la acción de ningún medicamento, microchip o nanobots, sino por su condición de persona con autismo. Nino no interpretaba el mundo igual que yo, o el resto de los humanos. Sin embargo, tal y como dijeron los

médicos cuando todavía estaba atada a Paolo, era posible lograr establecer un puente de comunicación. Pero debía ser paciente.

Y dos días después de mencionar a Paolo, tuve noticias de él. Solicitaba permiso para establecer una videoconferencia. Yo no deseaba hablarle, pero los médicos insistieron en que lo mejor para sanar las heridas del alma, era enfrentar lo que nos carcome. Solo entonces, supe que el banco emitió una alerta cuando soborné al agente aduanal. De esa forma, Paolo supo los destinos del buque y en qué puerto iba a fondear primero.

—Vuelve —suplicó él—. El negocio ha comenzado a prosperar, ahora puedo darte la vida que buscas... No era necesario que huyeras... que me robaras... puedo perdonar eso. Ese niño te nubló la mente...

—Querías mandarlo a un orfanato —le dije con la fiereza de un jaguar que protege a su cachorro—. Querías echarlo a la basura, como un objeto roto, ¡así lo llamabas, así lo tratabas!

—¿Fuiste tan lejos por ese...?

—¡Es mi hijo! —le recordé—. Y tuyo, también, aunque lo niegues. Me quedo. Quiero vivir aquí, con él. Le están enseñando lo que nosotros no pudimos, quieren ayudarlo. No como tú.

Cortamos la comunicación. Cuando me recuperé de la tuberculosis, Paolo volvió a contactarme: deseaba pagar una mensualidad de por vida. No era mucho, pero cualquier ayuda resultaba bienvenida. Quizás temió que recurriera a la ley y manchara la reputación de su negocio.

Me alojaron en un apartamento pequeño. Entonces, me entregaron a Nino. Caminaba en punta de pies, agitaba los brazos, pero era un avance. Asistía a la escuela de enseñanza especial. Me visitaba una vez por semana una psicóloga, me ofrecían asistencia a través de mi dron personal. No para evaluar al niño, sino para enseñarme a convivir con él.

Después de tres años, Nino se acercó a mí por su propia voluntad. Todavía me esquivaba con la mirada. Llevaba un papel en la mano. Lo colocó en la mesa del comedor. Me acerqué despacio. Cualquier movimiento brusco o ruido repentino lo asustaba. Descubrí que era un dibujo: una mujer, un niño, tomados de la mano. Él colocó un dedo sobre ellos, golpeó tres veces, y habló con voz aflautada:

**—Yo. Tú. Mamá.**

